



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NÚM. 10188

AÑO XXXV

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península. — Un mes, 2 ptas. — Tres meses, 6 id. — Extranjero. — Tres meses, 11'25 id. — La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. — La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 30 DE OCTUBRE DE 1895

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales en París: A. Lorette, rue Caumar-tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Recolección

Prensas para vinos, moderno sistema. — Bombas Noel y otros sistemas para trasegos. — Azufradores, catadores y demás enseres necesarios al vinicultor. — Dos granadoras de panizo (6 fanegas por hora). — Embudos automáticos. — Tijeras para vendimiar, poda, etc. — Arados de vertedera. — Espino artificial. — Palos, azadas, legones, todo acero. — Carretillas y wagonetas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe. — Plaza de Castellón, 12

Crónica Madrileña.

El hermoso campo de la Moncloa parece estar destinado á ser punto donde el pobre halla refugio á sus desgracias. D. Alberto Aguilera, al que por sus grandes dotes filantrópicas llaman nueva marqués viude de Ponteijos, fue el primero que apreciando el valor higiénico de esos terrenos, tuvo la feliz idea de levantar un asilo para los pobres; hoy le sigue en ese laudable camino el no menos caritativo Dr. don Federico Rubio.

Todos sabemos que el Asilo de Sta. Cristina ha sido construido por suscripción popular; todos conge-mos los trabajos del fundador y la actividad por él desplegada hasta ver los edificios habitados; pues bien, si conocemos todas las ansias y angustias y desvelos del Sr. Aguilera, podemos formar idea de la em-presa del Dr. Rubio al construir también por suscripción, un institu-to dedicado al mismo tiempo que á la curación de enfermos pobres, á escuela práctica donde los profesores médicos mejoren y amplíen sus conocimientos para después ser úti-les á la humanidad.

Con alientos de alma generosa el sabio doctor reanaba auxilios de to-das las clases sociales y á las puer-tas de los ricos llama en demanda de caridad para sus pobres, como él dice.

Y hoy ya, como si uno fuera com-

plemento de otro ó como si necesi-taran mútuo auxilio, elevanse entre las frondosidades de la Moncloa al-gunos pabellones del Instituto Ru-bio al lado del ya terminado Asilo de Sta. Cristina.

De antiguo sabemos que la felici-dad terrena es un mito. Pepe Elo-rrió—como en lenguaje familiar le llamábamos sus amigos—viene á confirmar esta verdad axiomática. Rodeado de cuantas comodidades y lujos permitía su condición de po-tentado; mereciendo la general es-timación; cuando todos le creíamos bienaventurado, incógnitas desven-turas le han movido á la tragedia. ¡Fatalismo del sino!

Que atente contra su existencia quien los sinsaberes desesperen y la desgracia le persiga airada, no lo admitimos, pero tiene explicación; más que el elegante joven se haya suicidado cuando la dicha al pare-cer le sonreía es bien extraño ¿qué causa le ha inducido á tan extraña resolución? Esta es la pregunta que se formula por la aristocrática so-ciedad á que Elorrió pertenecía. ¡Misterio de la vida, que acaso el tiempo aclare!

No se ha borrado de la memoria el grato recuerdo de Julián Gaya-rre; pero si alguien pecara de olvi-dadizo, el reciente suceso del niño de la foto le haría pensar en el egre-gio artista. Este tenía un tesoro en su garganta y una feliz casualidad hizo que encontrara un protector que al par que venturas al inmortal Julián, proporcionó días de gloria á la patria. En la actualidad otro ac-so ha hecho conocer á un niño que mañana tal vez será famoso. D. Alberto Bosch le prohija y Vicente Martínez se llama el agra-ciado. Haga la suerte porque el ha-dor venturoso que ahora ampara al zagallito butirro, continúa y que dentro de algún tiempo, concluida su educación artística, le veamos cambiada la indumentaria típica

del aragonés por otra más lujosa y apropiada á la ópera que cantara aparecer en el escenario del Real, mostrando las sublimes facultades que la Naturaleza le concedió.

El glorioso Gayarre ha tiempo que no tiene sustituto. ¿Será el jo-venzuelo Vicentico el llamado á ello? Mucho nos alegraríamos.

Ya tenemos entre nosotros á la gran trágica francesa. Sarah Ber-nhardt, esa artista de que la prensa europea cuenta extravagancias ori-ginalísimas, hasta presentárnosla como un ser puramente ideal que siente y ama lo bello en todas sus formas y adora lo extraordinario y original.

Sus excentricidades, sus actos caritativos y sus grandes alientos para emprender las más grandes empresas, varias veces le han he-cho pasar del fausto del potentado á las penalidades del desheredado. Y así ha recorrido gran parte del viejo y nuevo mundo, cosechando laureos, deslumbrando con sus tra-jes y joyas y subyugando los audi-torios con sus genialidades.

Además de ser una figura esbol-tísima, posee una voz argentina y simpática, el don de parecer jóven en escena, apesar de sus cincuenta y un años, y un gusto originalísimo para vestir y adornar los persona-jes que representa, es gran cono-cedera del corazón humano, y de ahí los efectos escénicos que pone en juego, con envidiable habili-dad, para dominar al que escucha, haciéndole sentir las emociones que el autor forjara en su mente, al dar vida al protagonista de la obra.

Posee una cualidad sobre los ar-tistas franceses que pone de mani-fiesto su gran talento y su genio creador: su repertorio es vastísimo y en todas sus obras se vé á la ve-z de corazón. En Francia, tanto el artista cantante como el dramá-tico, tienen un repertorio reduci-dísimo, debido sin duda, al asombro-so número de representaciones que

alcanzan las obras en París y en las principales poblaciones de la república; pero eso no pasa con Sarah Bernhardt, cosa á que ha contribuido en parte su constante viajar.

Aquí representará *Phédra*, de Ra-cine; *Gismonda y La tosca*, de Sar-dou; *La dama aux camelias*; de Da-mas (hijo) y *Magda*, de Lunder-mann.

De esas obras, *Gismonda* es la que despierta gran interés por ser la última creación, y segun la prensa una de las mejores, del gran Sar-dou.

No han faltado en estos últimos ocho días novedades teatrales: en el Real primera representación de *Los Ugonotes* y debut del popular Menotti; en el Español, también por primera vez en la temporada, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, comedia, debut de la señorita Gui-nea con la preciosa obra *Crisólida* y *Mariposa*, y lectura de la comedia *Velay!* de Leopoldo Cano, y los es-trenos de las obras: *La primera me-dalla*, de Jackson Veyan, *Las piedad de convicción* de nuestro compañero en la prensa Jiménez Prieto y *La gran cruz*, en Lira, Martín y Es-tiva, respectivamente, las dos pri-meras obras tuvieron un éxito li-sonjero y la última no agradaó.

Madrid 27 Octubre 1895

Julio Abril.

TIJERETAZOS

En Barcelona ha sido robada una igle-sia. Al cabo de los años mil... Pero caso en este subso un caso raro. Que han sido encontrados el cadáver y el cuerpo del delito. Algo hemos adelantado. Porque en la primera serie de robos sacrilegos todo permanecía en la som-bra del misterio. Unos cacos han cometido un robo en una casa de Sevilla.

Y como no encontraron dinero en la casa, no quisieron perder el viaje y le- llevaron veintiocho tunicas de hazarón.

Ya tienen con qué distraeráse la pró-xima Semana Santa, para inspirar con-fianza y hacer desayunos.

Dice «El Ferrocarril»: «El juez de Sorbas, D. José León Sañ-chez, ha sido trasladado á Seo de Ur-gel.

«Buen saltol... «Si le envían un poco más lejos cae de Francia el juez de Sorbas.

Pero es lo que dice el colega alma-riense: «El interesado no lo sentirá mucho, por-que solo tiene once hijos.

Y como en España cuesta poco via-jar... «No alegrásemos que al llegar á Seo de Urgel, el juez de Sorbas, no se encuentre en la edad de la Coruña.

«No, si que pasará de bastante pronto, en Barcelona han comenzado á sien-tar billetes falsos, de cien pesetas, con el gusto de Goya.

A mí no me importa eso. Pero apunto de la noticia por si diere la exactitud de que alguien usara sup. bi-letes de veinte duros.

El ayuntamiento de Ruidomos, en ple-ta del estado precario de la caja muni-cipal, ha acordado suprimir desde prin-cipios del año veintitres toda clase de em-pleos á excepción del cargo de secretario y el de afanador público.

Que usó se presenta el porvenir de Ruidomos.

Un vapor entrado en el puerto de Se-villa ha dado varias embestidas en el muelle.

«Vuestro glo han entendido ustedes? En todas partes crecen habas.

NOTAS

SOBRE LA INTERVIEW

Las declaraciones que ha hecho respo-sablemente sobre la guerra el general Mar-tínez Campos, y de las cuales dimos la más esencial en nuestras notas de ayer, han hecho en Madrid el efecto de un la-rrero de agua fría. A la lectura de la in-

temo que llueva... Oh! oh! yo tengo mi modo de ver las cosas... ah! señor Ferrers, cómo os va? Queréis darme el desquite al cartón?

—Tengo en la mente que esta noche estoy en vena de diaba. Oh! oh!

—Al cartón...? con mucho gusto, contestó Ferrers que jugaba muy bien.

La conversación se suspendió por un momento; la pequeña sociedad se reunió alrededor de la mesa del juego... A excepción de Valeria y de Ernesto. Los si-llohes abandonados dejaban un intervalo entre ellos; pero no tardaron mucho en estar cerca uno de otro, y experimentaban alguna cortadad porqué sentían á solas.

—Jugais alguna vez? preguntó madama de Veni-dour, después que pasó un momento de silencio.

—He jugado, respondió Ernesto, conócó ese gé-ne-ro de tentación, más ahora no me atrevo á jugar. Me gusta la excitación del juego, pero me he visto humillado por la degradación que produce; es una embriaguez moral más peligrosa que la embriaguez física.

—Hablais de ella con bastante calor.

—Porque siento fuertemente lo que expreso. Una vez le gané el dinero á un hombre que yo respaldaba y que era pobre. Sus angustias fueron para mí una lec-ción terrible; cuando volví á mi casa, me sobrecogí

de horror al pensar en que las penas de otro me ha-bian causado tanto placer. Desde esa noche no he vuelto á tocar las cartas.

—Tan jóven y ne un caracter tan firme! dijo Va-leria manifestando con su voz y sus ojos la admira-ción que sentía. Sois una persona estraña; otros se habieran curado con las pérdidas, y vos lo habeis si-do con las ganancias. Es muy bello tener principios en vuestra edad Maltravers.

—Temo tener más orgullo que principios. Algunas veces el error es dulce, pero nada es tan doloroso co-mo un yerro que nos haga sonrojar; yo no podría conformarme con estar avergonzado de mí mismo.

—Ah! exclamó Valeria; este es el eco de mis pen-samientos.

Se levantó y se acercó á una ventana; Maltravers permaneció indeciso un momento, después le siguió. Quizás creyó él que aquel movimiento era una invita-ción.

Delante de ellos yacía la calle silenciosa, con sus débiles y escasas luces: algunas estrellas, luchando contra una atmósfera más nublada que lo ordinario, mostraban el mar rugiente. Valeria se apoyó en el muro, el cortinaje de la ventana le ocultaba de la vista de sus huéspedes, excepto de la de Ernesto; pero entre ella y él estaba un gran vaso de mármol lleno de flores.

emoción se manifestaba en él. Su voz, su sonrisa, sus graciosas maneras de corte, todo era lo mismo, que cuando la vió por la primera vez.

«De qué profunda hipocresía están dotadas estas mujeres! decía él en su interior. Y sus labios se con-tralían haciendo un movimiento desdenoso, que ahe-rra alteraba á cada rato la expresión benévola y bal-rosa que dominaba en sus facciones, cuando era muy jóven, antes que hubiese aprendido á despreciar. Pero Ernesto se engañaba con respecto á la mujer que se atravesaba á su vida.

«Saltó muy pronto del patio de madama de Veni-dour y se dirigió á su morada. Estaba dando pa-sos en su gabinete cuando llegó Ferrers. Había pa-sado ya el tiempo en que creía que sus sentimientos sobre Ernesto; el dudoso caso se había liquidado con el betu-bre en el manejo de esa espada de damas, la razón.

Ya tenía Ernesto aquella tranquila conciencia de su superioridad, no podía sentir á Ferrers ya que había pasado entre ellos y madama de Venidour. Llamó Ferrers tenía cierta aspereza en los sentimientos, que le hacía poco propenso para ser el de los momentos de aventuras frívolas era Ferrers, primoroso, pero en la tristeza, ó en las horas de grande excitación, Fe-

